

## XII.

Así que Fenelon llegó á su diócesis se entregó enteramente al estudio y á la caridad.

De aquella soledad salieron infinitas páginas que respiran el genio de la mas pura literatura antigua y el genio moderno del cristianismo, que hablan de la Divinidad con una elocuencia poderosa, y muchas veces con el mas tierno entusiasmo: en cada palabra de sus escritos se encuentra una oracion, una adoracion perpetua, así como se encuentra el calor en la vida. Puede muy bien decirse que Fenelon no podia hablar de Dios sin pronunciar una oracion.

He aquí algunas de aquellas páginas tomadas al acaso de entre la multitud de escritos y tartas en que se dilataba su alma, y que le pintarán mejor que cuanto podemos decir:

«Todo lleva en el universo el sello de la Divinidad; los cielos, la tierra, las plantas, los animales, y especialmente el hombre. Todo nos manifiesta un plan ordenado y seguido, un encadenamiento de causas subalternas dirigidas con un orden admirable por una causa superior.

«Y no ha lugar á criticar esta grande obra; los defectos que encontramos en ella provienen de la voluntad libre y desarreglada del hombre que los produce con sus desarreglos, ó de la de Dios siempre santa y justa que quiere ya castigar á los infieles, ya probar á los buenos que quiere perfeccionar por medio de los malos. Muy frecuentemente lo que parece á nuestro limitado entendimiento un defecto en un sitio determinado de la obra, es un adorno con respecto al plan general, que nosotros no podemos comprender porque nuestra vista no tiene la estension necesaria para ver la perfeccion del todo. ¿Y no estamos viendo á cada instante criticar temerariamente algunos trozos de las obras de los hombres por no haber conocido lo bastante el fin del autor? Esto sucede ordinariamente con las obras de los pintores y arquitectos.

«Si los caracteres que usamos en la escritura fueran de una magnitud inmensa, cada letra mirada de cerca necesitaria toda la vista del hombre; no podríamos verlas sino una en una y nos seria imposible leer, es decir, remir las letras y descubrir el sentido que encierran de este modo. Lo mismo sucede con los grandes rasgos con que la Providencia ha escrito la direccion del mundo entero por espacio de tantos siglos. Solo el todo es inteligible, y el todo es demasiado grande para verle de cerca: cada hecho es una letra muy grande que nuestros diminutos órganos no pueden observar y que no significa nada separada de las demas. Cuando al fin de los siglos viendo á Dios veanos en su verdadero punto de vista todo lo

que ha hecho el género humano desde el primero hasta el último día, y su conformidad con el plan propuesto por Dios, entonces exclamaremos: Señor, solo vos sois verdaderamente justo y sabio.

«Pero despues de todo, los verdaderos defectos de esta obra son imperfecciones que Dios ha dejado para recordarnos que la habia sacado de la nada, y no hay nada en el universo que no llevé ó que no deba llevar impresos estos caracteres tan opuestos: el sello del divino artefacto, y una señal que nos indique que ha salido de la nada y que puede volver á ella á cada instante: de modo que el universo es una mezcla incomprensible de magnificencia y grandeza, de fragilidad en la materia y de arte en la construccion. La mano de Dios se ve en todo hasta en el miserable gusano: y la nada se deja conocer en todo, hasta en los mas poderosos y sublimes genios.

«Solo Dios es infinitamente perfecto; la perfeccion de todo lo demas es muy limitada; y el que solo posee esta permanece siempre imperfecto, por donde se deja sentir el limite de la perfeccion, y conoce que esta podia estenderse mucho mas por allí. La criatura seria igual al criador si nada la faltase, porque tendria la perfeccion infinita que es la misma Divinidad, y no pudiendo ser infinita es preciso que sea limitada en cuanto á la perfeccion, es decir, imperfecta. Puede ser mayor ó menor su imperfeccion; pero siempre será imperfecta, de modo que siempre se pueda señalar lo que la falta, y que la critica pueda decir: He aquí lo que podria tener y no tiene.

«Estúdiese el mundo como se quiera: descuéndase hasta el último átomo; hágase la anatomía del mas vil animal; examínese de cerca el menor grano de trigo sembrado en la tierra y la manera con que se multiplica; obsérvense atentamente las precauciones con que se abre al sol y se cierra á la noche un capullo de rosa, y se encontrará en todo mas orden, mas acierto, mas industria que en las obras del arte; porque lo que llamamos arte en los hombres no es mas que una vil imitacion del arte que se llama ley de la naturaleza, y que los impíos han tenido la audacia de llamar ciega casualidad.

«¿Y debemos ahora admirarnos de que los poetas hayan animado el universo, dando alas á los vientos y flechas al sol, pintando los rios que se apresuran á precipitarse en la mar, y los árboles que se elevan hasta el cielo para apartar los rayos del sol con la espesura de sus ramas? Tan natural es en el hombre admirar el arte que presenta la naturaleza, que estas impresiones han pasado al lenguaje vulgar. La poesia no ha hecho mas que atribuir á las criaturas inanimadas la intencion del Criador que hace todo en ellas; del lenguaje figurado de la poesia han pasado estas ideas á la teología de los paganos, cuyos teólogos fueron los poetas,

Han supuesto un arte, un poder, una sabiduría que han llamado *númen*, aun en las criaturas privadas de inteligencia; y así para ellos los rios han sido dioses y las fuentes náyades; los bosques y las montañas han tenido sus divinidades particulares; las flores han tenido á Flora y los frutos á Pomona. Cuanto mas se contemplan sin prevencion la naturaleza, mas se descubre en ella un fondo inagotable de sabiduría, que es como el alma del universo.

«¿Y qué se signe de aquí? La conclusion se deduce de sí misma. Si necesario es, dice Mivucio Felix, ingenio y penetracion aun para observar el orden y el plan maravilloso de la estructura del mundo, ¿cuánto mas se habrá necesitado para hacerlo! Si tanto admiramos á los filósofos que han descubierto una pequeña parte de los secretos de esa sabiduría que ha dado el ser á todo, es menester ser enteramente ciegos para no admirarla en sí misma.

«He aquí el gran fin del género humano: admirar el universo en que Dios se presenta á nuestros ojos como en un espejo. Pero unos, los filósofos, se han estraviado con sus pensamientos, y todo se ha convertido para ellos en vanidad. A fuerza de raciocinar con sutilezas, muchos de ellos han desconocido una verdad que se presenta tan claramente aun á los ojos de los que no tienen filosofía.

«Un viagero que penetrando en Sais, que es el país de Tebas la de las cien puertas, desierto en el día, encontrase columnas, pirámides, obeliscos é inscripciones en caracteres desconocidos, ¿pensais que diria al momento: el hombre no ha habitado nunca en este sitio, ni sus manos han trabajado aquí: la casualidad ha formado estas columnas y las ha colocado en sus pedestales, y las ha coronado con chapiteles proporcionados, la casualidad ha unido tan sólidamente los pedazos de que se componen estas pirámides; la casualidad ha labrado estos obeliscos de una sola pieza y ha grabado estos caracteres? ¿No diria por el contrario con toda la certidumbre que puede tener el hombre: estos magníficos restos son el recuerdo de una arquitectura magestuosa que florecia en el antiguo Egipto?

«He aquí lo que la simple razon dicta al primer golpe de vista, sin tener necesidad de raciocinar. Lo mismo sucede con la primera ojeada que echemos sobre el universo; esta siempre es decisiva, aunque podamos engañarnos y alucinarnos con vanos razonamientos para no ver lo que mas claro se nos presenta. Una obra como el mundo no se puede dar la existencia á sí misma; los huesos, los tendones, las venas, las arterias, los nervios, los músculos que componen el cuerpo del hombre, son mas artísticos y proporcionados que la arquitectura de los griegos y de los egipcios. El ojo del mas pequeño animal es mas perfecto que todas las obras de los hombres. Si cualquiera encontrase en los desiertos de Africa un re-

loj, de seguro no diria que la casualidad le habia formado allí, y hay atrevimiento para decir que los cuerpos de los animales son caprichos de la casualidad!

«¡Oh Dios mio! si hay tantos hombres que no os descubren en el magnífico espectáculo que les presentais de la naturaleza, no es porque estais alejado de nosotros. Todos estamos como tocándoos con las manos; pero los sentidos y las pasiones que estos escitan nos llevan nuestra atencion. Así, Señor, vuestra luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas son tan espesas que no la comprenden; en todas partes os manifestais, pero los hombres no quieren veros, sumergidos en sus distracciones. Toda la naturaleza habla de vos y pronuncia vuestro santo nombre, pero habla á sordos, que lo son porque no quieren oír: vos estais cerca de ellos y aun dentro de ellos, pero ellos andan fugitivos y errantes fuera de sí mismos. ¡Mas ya os encontrarían, dulce luz, hermosura eterna é inalterable, fuente de castas delicias, vida pura é inefable de los que viven verdaderamente, ya os encontrarían si os buscasen en su corazón! Pero los impíos, al perderos á vos se pierden miserablemente á sí mismos. Los dones que les enseña vuestra mano, los entretienen de manera que les impiden verla; viven de vos y sin pensar en vos, ó mas bien, mueren al lado de la vida por no querer alimentarse con ella; porque ¿qué muerte tan horrible no es la de no conoceros?

«He reconocido que debe haber en la naturaleza un ser que exista por sí mismo, y por consiguiente perfecto; y conocí que yo no soy ese ser, porque mi perfeccion está muy lejos de ser infinita; conocí tambien que está fuera de mí y que me ha dado la existencia. Ahora conozco que me ha dado una idea de sí mismo, dándome una idea de una perfeccion infinita que no puedo confundir con otra cualquiera perfeccion limitada que se me presenta, y la digo en mi corazón: tú no eres infinitamente perfecta, ni existes por tí misma. Por grande que sea tu perfeccion, hay un límite, mas allá del cual no existes tú.

«Mi Dios es muy diferente: existe y no deja de existir; es, y su ser no tiene límites; es, y nada puede existir sin él. Así es como yo le concibo, y puesto que le concibo, existe; porque no es asombroso que exista, cuando como yo lo he visto, nada puede ser sino por él. Lo que si es asombroso é incomprensible, es que yo, débil, finito y defectuoso, pueda concebirle. Es preciso que no solo sea el objeto inmediato de mi pensamiento, sino tambien la causa que me hace pensar, del mismo modo que es la causa que me hace ser, y que me eleva siendo finito á pensar en lo infinito.

«Véase el prodigio que llevo siempre en mí mismo. Yo mismo lo soy. No siendo nada ó á lo menos no siendo mas que un ser compues-

o, limitado y pasajero concibo lo infinito y lo inmutable, y por esto no puedo comprenderme á mi mismo, lo abrazo todo y no soy nada porque soy la nada que conoce el infinito; me faltan las palabras para admirarme y despreciarme al mismo tiempo. ¡Oh Dios! ¡Ser de los Seres! ¡Oh Ser en cuya presencia soy como si no fuera! os manifestais á mí, y no puedo equivocarme porque no hay nada que se os parezca. Yo os veo, y ese resplandor que despiende vuestro rostro alimenta mi corazón hasta que llega el día de la verdad.

Yo me pregunto ¿por qué Dios nos ha dado esta capacidad para conocerle y amarle? Esta capacidad es el mas precioso de todos sus dones. ¿Nos la habrá concedido ciegamente y sin razón alguna, por pura casualidad, sin querer que usemos de ella? Dios nos ha puesto los ojos en la cara para ver la luz del día; ¿y podemos creer que nos ha dado los ojos del alma, capaces de conocer su eterna verdad, sin querer que la conozcamos? Al mismo tiempo confieso que no podemos conocer ni amar infinitamente la perfección absoluta, y que nuestro mas perfecto conocimiento será siempre infinitamente imperfecto, en comparación del ser infinitamente perfecto.

En una palabra, podemos conocer á Dios, pero no comprenderle; le conocemos de tal modo que le distinguimos de todo lo que no es él, y le atribuimos las perfecciones que le convienen sin temor de equivocarnos. No hay ser alguno en la naturaleza á quien confundamos con Dios, y sabemos representarle con su carácter infinito que es único é incommunicable; y debemos conocerle muy distintamente cuando la claridad de la idea que nos hemos formado de él nos hace preferirle á nosotros mismos, porque debe ser muy poderosa una idea que no se detiene en destronar al yo en el hombre, ciego é idólatra de sí mismo. Nunca idea alguna ha sido tan combatida como esta; pero nunca tampoco idea alguna ha conseguido tantos triunfos. Juzguemos de su verdad por la persuasión que infunde en nosotros.

Nosotros formamos el libro que lleva impreso el sello de la Divinidad, puesto que por él hemos aprendido á conocer y á amar al verdadero Dios; y Dios habla en él como un Dios cuando nos dice: *Yo soy el que soy*: en ningún otro libro se ha pintado á Dios de una manera tan exacta y digna de él. Los dioses de Homero son el oprobio y la irrisión de la Divinidad. El libro que tenemos en nuestras manos, despues de haber manifestado á Dios tal como es, nos enseña el único culto digno de él. No se trata ya de apaciguarle con la sangre de las víctimas, debemos amarle mas que á nosotros mismos, y amarnos á nosotros solo por él; renunciar á todo y preferirle á él, desterrar con su amor todos nuestros vicios, y ejercitar las virtudes todas. El hombre no hubiese nunca

podido imaginarse un trastorno tal en su corazón, nunca hubiera inventado una religión que no le deja ni aun el pensamiento y la voluntad, y que le hace ser enteramente de otro. Y aun cuando se le propone esta religión como la mas suprema autoridad, su espíritu no puede concebirla, su voluntad se resiste, y todo él se violenta; lo que no debe maravillarnos porque se trata de abandonar nuestro amor propio, de romper este ídolo, de crear un hombre nuevo y colocar á Dios en lugar del suyo, para que sea la fuente de nuestro amor...

Dios ha colocado á los hombres en sociedad para que se amen y se auxilién unos á otros como hijos de una misma familia y que tienen un padre comun: cada nación es una rama de esa familia numerosa que cubre la faz de la tierra. El amor que deben tener todos sus amados hijos á Dios debe ser sensible, manifiesto y eterno, y cada uno debe decir á aquellos á quien dé el ser: Conoced y amad sobre todas las cosas á Dios que es nuestro padre.

Los hijos de Dios no tienen mas objeto en la tierra que conocer su perfección, cumplir su voluntad y comunicarse mutuamente este conocimiento y este celeste amor.

Debe tributarse entre ellos un culto á Dios, que es lo que se llama religión: es decir, todos los hombres deben instruirse, edificarse, amarse unos á otros para amar y ensalzar al Padre comun. El fondo de esta religión no consiste en el conocimiento de la verdad en el deseo del bien supremo.

Pero no basta conocer á Dios, es preciso dar á entender que le conocemos y hacer de manera que ninguno de nuestros hermanos tenga la desgracia de no comprenderle ó ignorarle. Los actos exteriores del culto no son mas que signos por medio de los cuales se edifican mutuamente los hombres y despiertan unos en otros el recuerdo del culto interno. Ademas los hombres débiles y volubles necesitan esos signos sensibles para no olvidar que están en la presencia del Dios invisible á quien deben amar.

Esto es lo que llamamos religión, ceremonias sagradas, culto público del Dios que nos ha criado. El género humano no podría reconocer y amar á su Criador sin manifestar que le ama, sin manifestar este amor de un modo proporcionado á quien ama, y en fin sin escitar el amor por los mismos signos del amor.

## XIII.

La decisión del papa sobre el libro de las *Máximas* se dilataba; y Fenelon envió á Roma al abate Chanterac, uno de sus mas apasionados discípulos, para que le defendiese de las acusaciones de París. Mientras que la corte pon-

ficiosa deliberaba con la prudente lentitud que la caracteriza, continuaba en Francia una disputa animada entre Bossuet y Fenelon.

«¿Qué podré yo pensar respecto de vuestras intenciones? decía Fenelon á Bossuet. Yo soy aquel amigo querido á quien llevais en vuestro corazón; me vais compadeciendo por todas partes, y al mismo tiempo que me compadecéis me despedazais. ¿Qué podré pensar de esas lágrimas que solo sirven para dar mas autoridad á vuestras acusaciones? ¿Me compadecéis, llorais por mí, y alterais el sentido y el texto de mis palabras...?»

«¿Quién ha dado principio al escándalo? ¿Quién ha escrito con un celo mas amargo? ¿Y os indignais de que no me calle cuando estais intentando contra mí las acusaciones mas terribles?»

«Si, con dolor confieso, respondia Bossuet, habeis querido hacer investigaciones sutilísimas sobre la santidad, y habeis creído que solo es digna de vos la hermosura de Dios por sí misma. ¿Y os quejais de la fuerza de mis expresiones cuando se trata de dogmas nuevos que se quieren introducir en la Iglesia?»

«¿Y por eso se llama mi lenguaje escésivo, ágrío, riguroso y estremado? Pues que ¿deberia yo dejar pasar una doctrina que se presenta inocentemente sin despertar contra ella el odio, dejarla que se deslizase bajo la yerba y relajar con esta debilidad el rigor del lenguaje teológico?... Si otra cosa he hecho, manifestádmela, pero si no he hecho mas, Dios será mi protector y me defenderá de las vanas complacencias y de los cumplimientos del mundo.»

«Escribid cuantas cartas querais; entretened á la corte y al pueblo; haced que admiren vuestro talento y vuestra elocuencia; volvednos á la época de las *Cartas provinciales*. Yo no quiero tomar parte en el espectáculo que dais al público.»

«Somos, vos y yo, contestaba Fenelon, objeto de la risa de los impíos y de las lágrimas de los creyentes! Nada de extraño tiene que hagan esto los hombres, pero que los ministros de Jesucristo, los ángeles de la Iglesia den al mundo profano é incrédulo tal espectáculo es una cosa que pide lágrimas de sangre ¡Cuán felices seriamos si en vez de disputar sobre la doctrina, estuviésemos componiendo catecismos en nuestras diócesis para enseñar á los pobres aldeanos á conocer y amar á Dios!»

## XIV.

También Bossuet habia enviado por su parte á Roma á un sobrino suyo, el abate Bossuet, que solo tenia del genio de su tío la audacia

para solicitar los anatemas de la Iglesia contra Fenelon: este joven sacerdote no cesaba de derramar calumnias sobre las doctrinas y el carácter de Fenelon.

«Apresuraos, escribia á su tío, ¿qué esperais para quitar á Fenelon el título de preceptor del príncipe? No titubeis en enviar aquí todo lo que pueda dar á conocer la inclinación de Mr. de Cambray por Mad. Guyon y por el padre Lacombe, y su doctrina sobre las costumbres; esto es de la mayor importancia... Mucho me ha gustado el librito (odiosa calumnia impresa en Holanda), aquí es muy nombrado, y producirá un efecto terrible contra él.»

Este futuro jansenista llevaba el odio de secta y de familia hasta decir de Fenelon en su correspondencia: *¡Esa bestia feroz!*

En este tiempo la calumnia en Roma y en París encendia la animosidad, tomando por objeto la corrupción de costumbres de Madame Guyon, á fin de que esta corrupción recayese no solo sobre la doctrina, sino tambien sobre la virtud del arzobispo de Cambray.

El religioso Lacombe, encerrado en los calabozos del castillo de Lourdes en los Pirineos, tenia debilitada y estraviada la cabeza á causa del aislamiento en que se encontraba, y habia concluido por escribir al obispo de Tarbes, cartas en las que parecia confesar relaciones culpables con Mad. Guyon. En el momento que se supieron en París estas declaraciones de un espíritu delirante, se mandó trasladar al religioso al castillo de Vincennes, y allí escribió, bajo la insinuación ó bajo el temor, una carta á Mad. Guyon, en que la exhortaba como su cómplice á confesar sus extravíos y á arrepentirse.

El cardenal de Noailles, arzobispo de París, leyó esta carta á Mad. Guyon, y la intimó á que confesase los pecados declarados por el religioso; irritóse ella contra tal perfidia; sospechó que el religioso estaba loco, y que se abusaba de la locura de un prisionero en contra de ella y de Fenelon. Pero su indignación la fué imputada como un crimen. Traslada á la Bastilla con objeto de tenerla en mayor cautividad, persistió en su inocencia y en su suplicio. Estas cartas, sin embargo, fueron enviadas al momento á Roma para que deshonrasen al que querian perder.

El cardenal de Noailles, Bossuet y Mad. de Maintenon, creyendo los delirios de un insensato, no dudaron ya del crimen entre el religioso y Mad. Guyon. «Estas cartas, escribia el abate Bossuet á su tío, harán mas impresión que veinte demostraciones teológicas. Estos son los argumentos que necesitamos.» La demencia del religioso no tardó en declararse; encerrósele en una jaula de locos, donde murió delirando. Conocióse entonces que Fenelon no habia visto jamás á este religioso, ni habia tenido nunca correspondencia con él.

## XV.

Para vengar esta decepcion se espulsó á todos los amigos de Fenelon de la corte del duque de Borgoña. Bossuet publicó una relacion sobre el *quietismo*, en que aun las cosas mas pequeñas se miraban como muy graves en contra de sus sectarios. Fenelon queria guardar silencio, temiendo arrastrar en su ruina al duque de Beauvillers, su único amigo cerca de su discipulo; pero las instancias de su representante en Roma le obligaron á contestar. Su respuesta ganó y conmovió los corazones.

El contraste entre la dureza de Bossuet y la reserva prudente del acusado, brilla á los ojos de la opinion. «¿Podeis comparar, dice Fenelon al fin de su respuesta, vuestra conducta con la mia? Cuando publicais mis cartas lo haceis con objeto de difamarme; cuando yo publico las vuestras lo hago para manifestar que sois mi *cansagrante*. Violais el secreto de mis cartas particulares para perderme, y yo me sirvo de las vuestras, no para acusaros, sino para defender mi inocencia acusada. Las cartas mias que publicais son aquellas que contienen lo que hay de mas secreto en mi vida despues de la confesion, que me hacen, segun vos, el *Montano* de una nueva *Priscila* (1). ¡Ah! ¿Por qué buscáis tanta gloria en mi perdicion? ¿Quién no se asombrará de que se abuse del talento y de la elocuencia hasta comparar una defensa tan inocente, tan legitima y tan necesaria, con una revelacion de los secretos de un amigo?»

«Conocióse desgraciadamente, dice el contemporáneo d'Agnesseau, que uno de estos dos ilustres adversarios no decia verdad, y lo cierto es que Fenelon á lo menos supo inspirar mas verosimilitud en el ánimo del público.»

«¿Qué, le contesto con talento? dijo Bossuet al leer esta defensa; él le tiene en tan alto grado que me causa miedo. Su desgracia consiste en haberse encargado de una causa en que tanto le ha menester.»

Fenelon manifestó en aquella crisis de su vida, que su corazon era superior á su talento.

## TERCERA PARTE.

## I.

Sin embargo, la condenacion del libro de

(1) Falsa profetisa que siguió al heresiarca Montano.

Las *Máximas* no se publicaba. Roma dudaba: el papa Inocencio XII disimulaba muy mal la conviccion secreta que tenia de la inocencia de Fenelon, de la pureza de sus costumbres y del encanto de su virtud; los cardenales encargados de examinar su libro estaban divididos en igual número; pero intervinieron Bossuet y Luis XIV, y decidieron por medio de una carta exigente al soberano pontifice.

«Veo con dolor, decia el rey al papa, que se retarda una sentencia tan necesaria por el artificio de los que tienen interés en suspenderla. Solo podemos esperar la tranquilidad de una decision clara y terminante, que no pueda recibir interpretacion alguna ambigua, para cortar de raiz el mal. Os pido esta decision por vuestra propia gloria, y ademas de los grandes motivos que os deben determinar á hacerlo, creo que servirá de algo que yo os lo suplique, etc.»

Al mismo tiempo que esta reconvenccion al papa partia acompañada de otra mas severa al embajador del rey en Roma, Luis XIV, condenando por sí mismo, borraba con sus propias manos de entre los empleados de la casa del duque de Borgoña, el nombre de Fenelon, su preceptor, suprimia su sueldo y mandaba cerrar su habitacion en Versalles.

Privado de sus honores y desterrado de palacio, Fenelon no tardó mucho en conocer que una sentencia eclesiástica iba á herirle en su carácter sacerdotal. «Señor, salvados, porque estamos pereciendo, le escribia desde Roma su fiel amigo el abate Chanterac. Pero nuestros padecimientos serán gloriosos si sirven para defender el verdadero amor de Dios ¿Qué placer tengo al pensar que estaremos unidos por una eternidad! ¿Cuántas veces me digo en estos terribles dias de turbaciones y tinieblas: ¡VAMOS, MURAMOS CON EL!»

«Si, muramos en nuestra inocencia, le respondió Fenelon. Si Dios no quiere servirse de mí como sacerdote, no pensaré mas que en amarle en toda mi vida ya que no pueda hacer que le amen los demas.»

Llegó al mismo tiempo á sus oidos la noticia de la muerte de Mad. Guyon en la Bastilla, falso rumor que se estendió, y Fenelon, creyéndole verdad, escribió. «He sabido que Madame Guyon ha muerto en la Bastilla, y debo decir despues de su muerte lo que he dicho durante su vida: que no he encontrado en ella nada que me haya edificado en gran manera. Fué un ángel de tinieblas, y no podré decir lo que me ha parecido en la tierra. Seria una cobardía horrible hablar ahora ambiguamente para sacarme á mí mismo de mi compromiso.»

## II.

Por fin la condenacion obtenida tan á duras penas de la justicia y bondad de Inocencio XII

llegó á Paris con los gritos de alegría de los enemigos de Fenelon en Roma. «Ahí os enviaremos la piel del leon que tanto trabajo nos ha costado sujetar, escribieron, y que ha asombrado al mundo con sus rugidos por espacio de tanto tiempo.»

Quando Fenelon recibió esta noticia iba á subir al púlpito á predicar sobre un asunto que tenia meditado dias antes, y no tuvo tiempo para cambiar una sola palabra con su hermano, que quiso comunicarle tan triste nueva para que le causase menos impresion. Nadie observó la menor alteracion en su rostro; arrodillóse solamente un momento, llevóse las manos á la frente, y levantándose con su serenidad acostumbrada, olvidó lo que tenia pensado decir, y habló con santa uncion de la sumision ciega y sin reserva, debida en todas las circunstancias de la vida á la autoridad legitima de los superiores.

Su condenacion, sin embargo, corria de boca en boca en la catedral, haciendo que todos le admirasen, y escitando las lágrimas su resignacion; el rebaño habia sido ofendido al mismo tiempo que el pastor. Solo él se sentia consolado y curado por la misma mano que acababa de condenarle, porque su dolor no provenia del orgullo, y si de la incertidumbre de su conciencia. La autoridad que reconocia, librándole de esta incertidumbre le libraba de su angustia, porque habia puesto su conciencia á disposicion de la Iglesia, y habiendo hablado esta, creyó oír la voz de Dios, y se inclinó acatando la sentencia.

«La autoridad ha descargado mi conciencia, escribia en la tarde de aquel mismo dia, y ya no debo hacer mas que humillarme, callarme y llevar en silencio mi humillacion. Me atreveré á decir que me encuentro en un estado que lleva consigo mismo el consuelo para un hombre justo que no tiene que ver nada con el mundo? Muy costoso es sin duda humillarse; pero la menor resistencia costaría cien veces mas á mi corazon.»

Al dia siguiente dió una declaracion á sus diocesanos en que se acusaba de los errores contenidos en el libro de las *Máximas*. «Nos consolaremos, decia en esta declaracion, que es el acto mas cristiano de su vida, nos consolaremos de nuestra humillacion con tal que no se debilite el ministerio de la palabra que hemos recibido del Señor para vuestra salvacion, y que la humillacion del pastor sea útil al rebaño.»

Y sin embargo, estas palabras han sido interpretadas, aun viviendo Fenelon, por sus enemigos, como el sacrificio de su orgullo de obispo á su orgullo de hombre político, y han visto en ellas un pretexto para separarse de sus cómplices, un paso dado para reconciliarse con el rey á costa de su conciencia, una retractacion baja y disimulada de sus opiniones religiosas, que guardaba intactas en su corazon, pero que condenaba por política. Pero la

imparcialidad le absuelve de semejantes calumnias: si Fenelon hubiese tenido ambicion mundana y hubiese usado del disimulo para abandonar unas creencias que repugnaban al rey y á la corte, hubiera cuidado mucho de no manifestarlas delante del rey y de la corte, previendo la desgracia y el destierro que sufrió. Hacía algunos años que el descrédito le perseguía y no hubiera aguardado el fin de su martirio para renegar de su fé. La verdad es que defendió su filosofia trascendente y su piedad etérea mientras que solo fueron condenadas por el rey y el mundo, pero que en el momento en que decidió la autoridad eclesiástica sacrificó sin dudar un solo instante á su deber lo que no habia querido sacrificar á su ambicion.

Es creible que la sentencia de Roma no borró del fondo de su corazon aquellas sublimes convicciones sobre el amor desinteresado y absoluto de Dios, no creyéndose engañado en lo que sentia, sino extraviado en lo que habia escrito; y creyendo sobre todo que la Iglesia queria que se guardase silencio sobre sutilezas que podian turbar los ánimos y embarazar su gobierno, y así se sometió á este silencio con humildad y de buena fé.

## III.

Esta humildad y este silencio que edificaron al mundo, irritaron mas á sus enemigos. Habian buscado un heresiarca á quien destruir, y Fenelon les presentaba una víctima que admirar.

«Muy extraño es, dice Bossuet, que Fenelon, tan sensible á su humillacion, lo sea tan poco á su error. Quiere que todo se olvide menos lo que le honra. Esto solo lo hace un hombre que quiere ponerse á cubierto de las decisiones romanas sin tener ninguna buena intencion.»

El talento de Bossuet no sirvió en esta ocasion mas que para ilustrar el odio que llevó hasta el sepulcro. Su triunfo no precedió mucho á su muerte. «He llorado por él delante de Dios y he orado por el maestro de mis primeros años, escribia entonces Fenelon, pero es falso que haya hecho celebrar sus exequias en mi catedral y que haya pronunciado su oracion fúnebre. Semejante hipocresía no es para mí.»

La persecucion de Bossuet contra el mas afectuoso de sus discipulos es una mancha que empaña su memoria. Nada queda impune aun en la tierra.

El entusiasmo y celo por la unidad de la fé en el sacerdote, no excusa la crueldad del teólogo en la disputa. Bossuet era un profeta bíblico, Fenelon un apóstol del Evangelio; el pri-